

negras tempestades que abisman y matan, como le sucedió al tristemente célebre poeta Byron, que intencionalmente he callado, no por falta de admiración, sino por temor de ofenderlo. En la vida, por más que se pretenda ocultarlo, se condensan en el corazón las amarguras que desolaron el hogar; los relámpagos que fulminaron, hacen destrozos, agujeran y despedazan, y por debajo de todos esos escombros, aparece el infortunado sér hijo de la maldad de los padres, reluciendo en su cuerpo los harapos del mendigo; en su frente, impresas las fatalidades del inexorable destino; y en su alma, las múltiples cristalizaciones del veneno. La fuerza que empuja al huracán que está sujeto en la miserable concavidad de la cabeza, hace que atruene y estalle, aborto si se quiere, de tristísimas luchas interiores, pero al fin obedece, á crueles heridas que tocaron al más poderoso de los reyes, aunque se nombre el más poderoso de los tiranos: el orgullo. La vida del aislamiento, lleva el estigma de la tristeza, aunque envuelva las soberbias notas de la desesperación, las candentes manifestaciones de la ira y los recuerdos lúgubres de las primeras, y débiles por tanto, eflorescencias del cariño; paso á paso crece el sentimiento y se disipan las negras sombras del rencor, se fucionan los alientos, se entrelazan las caricias, y aparece el amigo ó bien se juntan los hermanos ó el augusto hálito de la madre despierta la noble redención, la santa hermandad; es el primer ósculo que los une, que los fortalece y los dignifica; y si á esto se añaden las amables y sinceras inculpaciones del padre seve-